

Los Treinta Años de UNICEF

Por Braulio Arenas

Falta de paz para los niños de todo el mundo es ésta precisamente, la del cumpleaños número treinta de UNICEF (Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia); pero también es posible que tal aniversario se represente para ellos como su día más significativo, tanto en la confianza que depositan en las personas mayores, especialmente capaces de hacer cualquier sacrificio por el bienestar de la niñez, al haberse en todo instante protegidos por buenas madres, o si más al revés, se entregan con una completa desconfianza por los problemas a la personal fragilidad de sus padres y madres.

Esta representación de bondad y servicio fue crucial en 1946, cuando hasta los peores del territorio de la segunda guerra mundial, la que pasó con su enorme costo de muertes, orfandades, ruinas, destrucción y hambre, recuperó especialmente su más digno valor: los niños, entonces víctimas inocentes de las cruces de los hombres.

Fue el 11 de diciembre de dicho año la fecha de su tercer aniversario, pero éste calza justo con el momento en que las campañas empezaron a conectar con más fuerza entre para reducir la pobreza, diez años después, acelerando el nacimiento del Estado.

La administración de guerra y rehabilitación de las Naciones Unidas (UNRRA) trajo de salvadores las más apremiantes necesidades del momento. Pero su plan de vigencia se cumplió y



(Foto UNICEF)

los urgentes problemas de la niñez sólo han sido apenas aliviados. Por eso reconocida la creación de un fondo dedicado exclusivamente a continuar la asistencia a los niños, el 11 de diciembre queda aprobada por unanimidad la idea. El acuerdo respectivo establece que el UNICEF será financiado no sólo con los recursos sobrantes de la Unión, sino también con donaciones voluntarias, desde de ese modo oportunidad a los gobiernos y a los ciudadanos de todo el mundo para contribuir en este esfuerzo humanitario.

Por consiguiente, replicamos, en este un aniversario, para su conmemoración algunas proposiciones internacionales, ya que todo el mundo contribuye a la formación de este organismo de servicio y bondad.

No embargo, una reflexión se nos viene a la mente, y algunas satisfacciones pueden por el en algún momento aparecer. En efecto, nos preguntamos: ¿Cómo es posible que sólo treinta años nos preocupemos de otorgarle el más alto derecho?

¿Estos derechos no debían haber nacido con el nacimiento de la humanidad misma?

¿Cómo se explica entonces que cincuenta de treinta años a esta parte sea obligación nuestra (requerida, además por una asamblea), la protección humana de la infancia: salud, alimentación, vivienda, educación, inmensamente desde hace un poco el deber de luchar en su favor de lo que creíamos obviando ignorado desde luego, siempre, el abandono de la niñez, la crueldad, la explotación y la minoría?

¿Y antes, qué haríamos?

Para ser que la humanidad, con cierta sorda complacencia literaria, la rabiosa propensión de Jonathan Swift para vender el mejor pastel a todos los niños hambrientos, o con el silencio, llevando un compás lírico, los gritos de los desgraciados muerdientes indolentes, gritos que registra William Blake en sus poemas y proféticas canciones, o con el silencio, tal vez apoliticamente, los infantiles personajes de Charles Dickens, a los cuales se miraba tan inofensivamente: todos ellos son los remedios, para simplificar, a un solo país, aunque el ejemplo podría ser absolutamente amplificado.

Siempre y necesariamente, emblemático y desafortunadamente, los escritores han estado invocando siempre la piedad por la infancia, con un registro bien amplio que va desde los cuentos de hadas hasta las novelas realistas.

¿No será que ellos se sienten como niños desgraciados a su vez, y no será que por su hora había el espíritu del pasado perdido, del luminoso jardín olvidado, no será que por su escritura aborrecen la ya reinventada edad dorada, a esa mejor de los mundos donde niños y poetas serían por siempre dichosos?

En todo caso, no alegamos que se haga grande justicia, aunque sea tan a última hora, al fin de los años ochenta de esta organización, Unicef, cuyos treinta años de esfuerzo cotidiano celebramos hoy, en estos días un día de desgracia que estos, desde las ciudades, el esperado punto de partida, pero, con todo, ya es una ciudad y una industria de buena calidad y de mejor calidad.

Unicef, como otros organismos de bien público—tanto estatales como internacionales y particulares—, nos propone una estampa que es preciso contemplar y entender en todo su magnitud: la infancia, desde su desamparo, desde su fragilidad de



(Foto UNICEF)

crecida, no está entendiendo los brazos, y por tanto es necesario de toda necesidad correr en su ayuda, ya que la infancia es, por definición, un estado de emergencia y que requiere, por eso mismo, ser inmediatamente socorrida.

Esta falta de solidaridad humana no es obra sólo de organismos públicos o privados, si de asociaciones o de individuos bien o mal: son correspondientes, esencialmente, a todos, y nadie puede desentenderse de su obligación y de su participación.

UNICEF, este Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, no se pone en presencia muy fácilmente cuando más bien damos que opera con tanta discreción que casi no se la ve en su

acción inmediata, pero la mayoría de las veces en las causas indirectas para llegar con su beneficio público.

Hay un poder dentro—«elaboración»—que se concibe del gran público por las tarjetas no volantes que la Cruz Roja se encarga de distribuir y vender, y cuyo producto se invierte, inmediatamente, en favor de los niños; tampoco es extraño que Chile, en proporción a sus habitantes, es el país que adquiere el mayor número de dichas tarjetas en el continente.

Por nuestra parte, tenemos solamente contacto con UNICEF al acercarnos para alguna que contemplamos en su programa la publicación mensual de nuestros niños (que, Cuentas de Calleja, que tienen en nuestra infancia y cuyo interés, al contrario por la moneda actual, no cubre de cinco centavos), pero no sólo de eso vive el niño, de seguir una pensión, además, que tal empresa cultural asumida por UNICEF sería complementaria de las otras cosas: cualquier desmedida, olvidados, sería ampliamente compensada por el respectivo material que lleva a todas y todas aquellas regiones de nuestra nación, aunque se desprecie de hacer nuestras cuentas, y esto de verdad, que algún domingo coreo (que también los hay) entregará el celo ante nuestra propensión, porque todavía queda, repitamos, tal como que consideren a Sílice Nueva políticamente sospechosos: a Poligráfico, un consumo atribuido, si Pato Donald, un espectáculo aparte de la CIA, y a Stubby el Marico aparentemente imperialista.

Al superar este pensamiento, entre otros nombres, en los de Mariana Paz, Alicia Morel, María Silva Ossa, Heriberto del Solar, que así únicamente han frangido el mundo de la niñez infantil, uno de los grandes literarios más difíciles.

Desgraciadamente, un proyecto de publicación semejante sólo puede considerarse a largo plazo: UNICEF, y de eso hablo, no informamos realmente, creado por la mayoría de los gobiernos, tiene que trabajar con la economía del estado, pero no dispone de un presupuesto superior a los diez millones de dólares, insuficiente hasta la exageración para cubrir las necesidades de la población infantil y juvenil de todo el planeta (cien millones que cubren las necesidades de los dieciocho mil millones que no gozan, en el mismo período, su alimentación).

Con dicha economía, retirando hasta lo indecible su presupuesto, UNICEF, como un jefe de hogar sin mayores recursos, logra llegar discretamente a por diversos canales hasta la infancia.

Entonces, todo esto (la constancia y todo eso impersonal) sistema administrativo que se manifiesta en el día de aludido estado, y los lugares de aquí y de allá—manifiesta vicinas gracias a la ternura, sacrificios y entrega de las madres—vienen a hallar, aunque lo sea más que por este tiempo, con el país, la educación, el vestuario y la salud.

Todo por obra y gracia de sus constantes generosidad y sentido como una gota de agua: por su virtud, el hogar se posita de paz, recorre y crece, la infancia se siente protegida por buenas madres, mientras los hombres se inclinan sobre el sacrificio, pensando en el principio presupuesto.

Los treinta años de UNICEF [artículo] Braulio Arenas.

Libros y documentos

AUTORÍA

Arenas, Braulio, 1913-1988

FECHA DE PUBLICACIÓN

1976

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los treinta años de UNICEF [artículo] Braulio Arenas.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile